

Esta es una historia de guerra, terror, tiranía y muerte llameante. Es una historia que comienza en los sombríos abismos del espacio y termina en la Tierra. Es la historia de toda la humanidad durante un período de dos décadas. Sin embargo, también es la historia de un hombre y un demonio de monstruosos los vacíos.

Yo, Alyn Marsdale, venerable historiadora de la Federación Unida de Naciones, he sido elegida en este, el año de nuestro Señor 2341, para narrar la llegada del cometa; pero no puedo establecer los hechos como una historia muerta, porque las mismas acciones arden ante mis ojos y la extrañeza de todo vuelve a vivir. Ningún hombre ahora existente podría contar esta historia y permanecer impasible, ni yo tampoco, aunque mi trabajo se basa en archivos que acumulan polvo y papeles que se doran con la edad.

Comenzaré por el principio, o tanto como probablemente sepamos; y desplegaré los eventos a medida que se desarrollaron para nosotros que vivimos el desastre. Al mirar hacia atrás ahora, con la sabiduría adquirida en el sacrificio más querido que el hombre ha hecho, nos preguntamos cómo podríamos haber sido tan ciegos. Pero lo fuimos, ni estamos seguros de cuánto habría ayudado si lo hubiéramos anticipado.

El nuevo cometa fue descubierto por Norby, Gustav Norby, la autoridad en formas de vida cósmicas. Los hombres se habían reído de algunas de sus especulaciones en los viejos tiempos, pero ahora no se ríen. Fue Norby quien vio el cometa el 7 de julio de 2321. Fue Norby quien planeó su curso y envió la noticia de que pasaría más cerca de la tierra que cualquier cuerpo celestial. Fue Norby quien predijo que podría haber peligro, que los fenómenos concomitantes se generalizarían, que la existencia misma de la Tierra estaba posiblemente en peligro. Y fue Norby quien, por derecho de descubrimiento, dio su nombre al nuevo cometa.

Cuando se vio por primera vez, el cometa de Norby estaba aproximadamente a cinco años luz más allá del sistema solar. A su velocidad estimada de cincuenta mil millas por segundo, se necesitarían unos dieciocho años para llegar a la Tierra. En consecuencia, los pronósticos de peligro futuro pesaron ligeramente en la mente del público. ¿Dieciocho años? Eso estaba demasiado lejos para preocuparse.

Los astrónomos observaron el cometa distante durante todo julio y parte de agosto. Apareció claramente como un núcleo curvo, con una cola en forma de abanico que se alejaba millones y millones de millas detrás de él. Además de su velocidad fenomenal, fue notable principalmente por su tenue coloración de azul rojizo.

El 10 de agosto, cuando el nuevo cometa se acercaba a la región de Alfa Centauro, los

astrónomos quedaron electrificados por su misteriosa desaparición. Ni el más mínimo rastro se encontró. Se había ido, desapareció como si nunca hubiera estado. El público se burló. Los científicos parecían perplejos mientras trataban de explicar lo que finalmente no pudieron.

El 14 de agosto, el mundo se sorprendió por la información de que el cometa de Norby se encontraba a menos de mil millones de millas más allá de Plutón, ¡y se acercaba al sol a su velocidad anterior de cincuenta mil millas por segundo! ¡Dentro de dieciséis horas estaría pasando cerca de la Tierra! ¿Había cruzado más de cuatro años luz de espacio en cuatro días? ¡Imposible! respondieron los sabios.

El mundo miraba atentamente. Los científicos de todo el mundo estaban frenéticos. Debe ser otro cometa. Pero, ¿cómo podría un cometa acercarse tanto sin haber sido observado?

A la medianoche del 14 de agosto llegó el famoso boletín de Norby en el observatorio de Mount Wilson. Merece ser citado en su totalidad:

«El nuevo cometa es definitivamente el cometa de Norby, observado por primera vez el 7 de julio. La reconstrucción del camino teórico lo lleva al último punto en el que se vio el cometa de Norby el 10 de agosto. Solo dos posibles explicaciones. Una, observación previa defectuosa. Inaceptable debido a la cantidad de observadores y testigos independientes. Dos, el cometa de repente aumentó su velocidad más allá de la de la luz y saltó a través de cinco años luz de espacio tan rápido que los rayos de luz aún no nos han alcanzado y no lo harán en años. De ahí la misteriosa desaparición aparente del cometa. El cometa estaba presente pero se acercaba mucho más rápido que la luz de los rayos no habían llegado. Control inteligente del cometa por pronóstico de organismos vivos. Su acción por lo demás no es atribuible a ninguna ley conocida.»

Visible sin la ayuda de gafas, el nuevo cometa llamó la atención de ojos ansiosos donde las condiciones climáticas lo permitieron. Los hombres se sentían incómodos o aprensivos. Este no podría ser un cometa ordinario. Incluso su peculiar tinte azul rojizo era diferente. Donde las creencias primitivas aún sobrevivían, sobre todo en África e India y las selvas de América del Sur, a la llegada del cometa asistió una especie de histeria salvaje. Y en las grandes metrópolis, los hombres no podían mirar al recién llegado sin emociones de asombro y duda.

Hora a hora el cometa de Norby se hizo más brillante, se acercó. Pasó junto a Plutón y se precipitó hacia el sol. Los cálculos rápidos mostraron que se acercaría peligrosamente a la Tierra. Su masa no era suficiente para alterar realmente al sistema solar, pero existía el peligro más grave de una colisión, y la posibilidad de que gases fatales envenenen la atmósfera de la Tierra. Al amanecer, el cometa atravesaba la órbita de Neptuno.

Las transmisiones de radio y la televisión habían difundido la noticia, pero los periódicos de la mañana del 15 de agosto se vendieron como ladrillos de oro, por lo que el público estaba ansioso por leer cada fragmento de información sobre el invasor amenazante. Titulares de página completa y serpentinas en llamas contaron la historia. Se imprimieron las profecías del desastre, las advertencias de una catástrofe. Norby saltó a la fama instantánea. Pero, ¿de qué servía la fama?, preguntaban los hombres, si este era el final. ¿Quién podría predecir lo que sucedería después?

Un extraño silencio recorrió las grandes ciudades a lo largo de un día sensual. Cuando las sombras del crepúsculo se oscurecieron en el suelo, los hombres salieron solos y en grupos, por millones, para observar al recién llegado. Y mucho antes de que llegara la oscuridad, mucho antes de que brillara la primera estrella, el cometa de Norby brotó azulado y brillante, terriblemente cerca del cenit, con su cola barrida en abanico en una majestuosa pero impresionante serpentina de tremenda longitud. Era una maravilla de los cielos, un presagio, un prodigio que los hombres compararon con la Estrella Oscura que había barrido del espacio en el siglo XX.

¿Destrozaría la Tierra? ¿Se lanzaría hacia adelante en su prisa salvaje y se estrellaría sobre un continente? ¿Se soldaría con el sol y causaría quién sabe qué desastres de colisión o calor inconmensurable? La humanidad se estremeció ante la aterradora y amenazante belleza del cometa: tan cerca, tan terriblemente cerca, y tan radiante que todas las estrellas, y hasta la luna, brillaban pálidamente en comparación.

Un murmullo de voces creció por las calles de la ciudad; En el campo abierto se oía el susurro inquieto de los animales, el chirrido estridente de los caballos frenéticos. La noche se convirtió en una especie de día. Gigante y sobrenatural, el cometa se acercó visiblemente, se hizo más brillante, como un segundo sol más grande con una franja de esplendor que se alejaba a millones de millas detrás de él.

El murmullo de la humanidad fue silenciado por un minuto, luego se convirtió en una babel mientras la televisión y los periódicos transmitían el último boletín de Norby:

«Cambio inexplicable en el curso del cometa de Norby. A las 10:41 p. m. el cometa giró en ángulo recto hacia la Tierra. Distancia estimada de menos de medio millón de millas. Curso actual en dirección opuesta a la rotación de la Tierra. Demasiado pronto para determinar si se convertirá en un satélite permanente, o si continuará en una nueva trayectoria y saldrá del sistema solar. No hay explicación para la desviación repentina, excepto el control por parte de seres racionales. Norby.»

Mientras la noche corría hacia el oeste alrededor del mundo, así corría el intruso. América estaba iluminada como por un día oscuro; el cometa brilló reflejado desde el Pacífico como un fuego volcánico hundido; se extendió por Asia mientras los sacerdotes y los faquires se arrodillaban suplicantes; nada más en la memoria atrajo a

multitudes tan vastas en las capitales de Europa. Lívido y llameante, se precipitó hacia el oeste. Los pasajeros de los transatlánticos lo vieron brillar desde el este y arder en lo alto. Siguió la oscuridad alrededor del mundo, y cuando llegó a América nuevamente, los ojos ansiosos lo vieron arder arriba, pero más lejos.

A medianoche, era muy débil sobre el valle del Mississippi. La gente en las llanuras occidentales apenas podía discernirlo. No estaban decepcionados, porque habían visto la última comunicación de Norby:

«Cometa alejándose de la Tierra después de completar el círculo del globo. Un nuevo camino lo llevará fuera del sistema solar hacia la región de Antares. Fenómeno inexplicable. Nada en la historia de la astronomía lo iguala. Todo peligro ha pasado. Norby.»

En la mañana del 16 de agosto, dos hombres entablaron una conversación furiosa en el observatorio Mount Wilson. Gustav Norby lucía una mirada de confianza. Su joven asistente, Hugh Arver, era alternativamente escéptico e irritado.

—¡Es absurdo! —estalló—. Solo porque un cometa actúe como ningún otro se ha comportado piensas que está controlado por seres inteligentes. En ese caso, el hombre debería aprender a controlar su propio mundo.

—Quizás el hombre controle todos los movimientos de la tierra algún día, Hugh —respondió el hombre mayor en voz baja—. Recuerda, nuestra civilización tiene solo cinco mil años. Y nuestros logros científicos son producto de solo seiscientos o setecientos años. No hay razón para pensar que solo nuestro mundo contiene vida.

—Puede ser, pero la temperatura de la superficie del cometa que tú mismo calculaste en unos 1100° centígrados indica que nada podría vivir con tanto calor.

—Nada que conocemos podría. ¿Pero qué hay de las cosas que no sabemos? ¿Cómo explicas esto?

Norby recogió una pila de periódicos, telegramas y radiogramas.

—Aquí están los relatos de más de quince mil muertes misteriosas, anoche, en cada país que se encontraba bajo el camino del cometa: Estados Unidos, Filipinas, China, Rusia, Alemania, Francia, España, y una docena más. Cada muerte fue exactamente igual: un destello en el aire como un rayo, un hombre o una mujer que repentinamente estallaban en llamas como por combustión espontánea; y luego, solo un montón de huesos. Hay quince mil casos de esas muertes ardientes, y los informes aún están entrando. ¿Cómo lo explicas, Hugh? ¿No te parece extraño que todas ocurrieran precisamente cuando llegó el cometa?

—¿Y qué si así fuese? Todos esperábamos algún peligro si se acercaba demasiado. Fácilmente podría haber soltado gases o energía que de alguna manera golpearon a esas miles de personas.

—¿Alguna vez escuchaste de un gas que sacara a un hombre de una multitud, lo matara y dejara a los demás ilesos? ¿Alguna vez escuchaste de un rayo que se desviara hacia un hombre, repentinamente, lo rodeara y lo consumiera al instante? No, no, Hugh, había un método detrás de esto, método y propósito.

—¿Qué? ¿De quién?

Norby se encogió de hombros.

—No lo sé. Espera y verás.

—El cometa se ha ido. No puedes probar nada.

—El cometa se ha ido, como tú dices. Pero, ¿y si vuelve?

Hugh lo miró por un minuto.

—No lo hará en nuestra vida. La historia no registra su apariencia anterior. El curso que siguió cuando se fue no lo devolvería de nuevo por casi mil años, en todo caso.

—Si procedió de acuerdo con las leyes naturales. Pero no lo hizo. Cruzó casi cinco años luz de espacio en cuatro días. Giró en ángulo recto a su trayectoria y rodeó la Tierra como un satélite. Luego se disparó en un curso diferente. Se comportó como uno podría imaginarse que se comportaría una nave espacial de Marte, aumentando su velocidad para llegar a la Tierra, dando vueltas alrededor de la Tierra para inspeccionarla, y luego yéndose hacia otros mundos, ¡después de probar las provisiones de la Tierra!

—¡Norby! ¡Estás loco!

—¿Puedes ofrecer una mejor explicación?

Hugh guardó silencio. Era escéptico, como todos los demás eran escépticos. Sin embargo, pensó, como pensaban cientos de otras personas con visión de futuro, tratando de entender este enigma de los cielos.

El cometa fue la noticia más importante del año, de siglos. Su misteriosa llegada y partida, la muerte peculiar y aterradora que mató a miles de seres humanos a su paso, el rayo que no era un rayo, ejerció un hechizo en la imaginación y, sin embargo, desconcertó la mente con hechos que no se correlacionaron. ¿Quién podría

imaginarlo? Parece tan fácil ahora, y sin embargo...

En otro caluroso día de agosto, seis años después, Norby y Hugh descendían del observatorio a primera hora de la tarde. Habían tomado docenas de fotografías con el nuevo reflector de 800 pulgadas la noche anterior, y habían pasado la mañana examinando las imágenes.

—Ese nuevo telescopio es ciertamente una maravilla —decía Norby—. Su alcance es docenas de veces mayor que el del antiguo. Y el tubo de fuerza de Pletzka que crea un vacío a través de la atmósfera terrestre elimina las ondas de calor y todas las distorsiones que solían molestar a los astrónomos. Ellos nunca habrían podido ver esa nueva estrella en el cúmulo de Antares.

—Es extraño que la estrella no apareciera en fotografías anteriores.

Los dos hombres llegaron a la puerta exterior y salieron a la luz del día. Un par de trabajadores pasaban a unos cien metros de distancia.

—Deberíamos tener una tormenta esta noche —comentó Hugh después de mirar al cielo—. Parece que hay muchos rayos de calor alrededor. Mira esa bola de fuego junto a esos árboles.

Norby ya estaba mirando fijamente los árboles. Una luz estriada, azulada, parecía envolverlos. Estrictamente hablando, no era tanto una bola de fuego como una red de electricidad curiosamente inmóvil.

—Hay algo antinatural en ese rayo —dijo Norby—. ¡Nunca he visto uno así!

La red azulada de repente saltó hacia los trabajadores que pasaban y se arrojó a su alrededor en forma de bobinas de fuego con dos dedos de luz crujiendo en la cabeza de cada hombre.

Un grito torturado estalló en ellos. Un parpadeo más intenso irradió momentáneamente la red. Hubo dos chorros de cegadoras llamas lívidas, dos volúmenes de humo amarillo saliendo, y donde estaban los hombres yacían dos esqueletos calcinados. Por un instante, el extraño rayo cayó sobre los huesos. Sin previo aviso, y se dirigió hacia Norby y Hugh. Pero la puerta del observatorio estaba sellada: un profundo instinto los había hecho entrar y cerrar la puerta incluso cuando el relámpago simplemente había brillado.

La cara de Hugh estaba blanca.

—¡Cielos! —jadeó—. ¿Qué era? ¿Por qué esa cosa actuó como si estuviera viva, como un animal que salta tras una presa? Esos hombres, ¡nunca los olvidaré!

Norby tenía una mirada tensa y extraña en sus ojos cuando respondió:

—Me temo que tienes razón, Hugh. Como un animal sobre su presa.

—¡Pero no puede ser, no puede ser! ¡Eso fue un rayo!

—¿Lo fue? ¿Alguna vez viste un rayo actuar así? ¿Te has olvidado?

El reconocimiento brilló en los ojos de Hugh.

—¡El cometa de Norby!

—Sí. ¿Recuerdas la epidemia de muertes que ocurrió cuando el cometa entró en el '21? Miles y miles de ellas. Y los informes, las muertes deben haber ocurrido de la misma manera que estos dos. Ese cometa ha regresado, Hugh, y tengo miedo de lo peor. Partió hacia Antares, ya sabes, y anoche encontramos...

—¡Una nueva estrella en la región de Antares!

—Probablemente fue el cometa. Puede que esté a una distancia sorprendente de la Tierra, ¡debe estarlo!

—¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos escapar, si tienes razón?

—No podemos hacer nada más que quedarnos aquí mientras estemos sellados. Todas las otras muertes ocurrieron al aire libre. Creo que estamos a salvo por el momento.

Durante toda la tarde permanecieron adentro, sin embargo, escucharon y vieron la tragedia que se extendió por todo el mundo. La televisión les trajo imágenes de muertes adicionales. Escucharon la historia de una plaga eléctrica que parecía haber estallado en todas partes. Hora por hora, el total de vidas perdidas aumentó. Hombres, mujeres y niños fueron golpeados en las calles, envueltos al salir de los edificios, quemados mientras trabajaban en los campos, incinerados en las carreteras públicas y a bordo de barcos en el mar, asesinados incluso en aviones. En ninguna parte del mar o tierra o en el cielo había seguridad. Todos los países del mundo, desde Alaska hasta la Antártida, desde Europa hasta Australia, informaron la muerte ardiente.

Fue al anochecer cuando el pánico y el terror acumulados llegaron a su punto culminante. Al anochecer, comenzando a lo largo de la costa atlántica, y siguiendo la oscuridad hacia el oeste alrededor de la Tierra, la increíble, monstruosa y espantosa verdad ardió en los cielos en letras de fuego de una milla de altura.

Norby y Hugh escucharon la transmisión que anunciaba que el cometa de Norby había

sido visto nuevamente, cruzando China. Escucharon atónitos de incredulidad el relato de ese nuevo fenómeno que también había aparecido por primera vez en China. Pero no podían creer, no creerían, hasta que la tarde hubiera pasado y llegara la noche.

Luego lo vieron: el cometa avanzando desde el este, brillante, rojo azulado y extraño, con su cola que se desplegaba en una vasta curva. Vieron las estrías y rayos que se movieron a través de los cielos, de modo que las estrellas fueron eclipsadas, líneas que se movieron y se formaron en letras, palabras y un mensaje, a una milla de alto, de millas de largo, brillando en una llama terrible contra la oscuridad detrás.

Asombrado y sin palabras, Norby miró mientras un gesto tenso se posaba en la cara de Hugh. Vieron cómo el mensaje se deletreaba, un mensaje muy simple y, sin embargo, de tan estupenda importancia para la humanidad.

«Gente de la tierra —decía—, ustedes son nuestros por derecho de conquista. En adelante y para siempre, pertenecen a los de Ktynga, conocido por ustedes como el cometa de Norby. No pueden derrotarnos, ni evadirnos. Somos superiores en todos los sentidos. Volveremos a intervalos irregulares y reclamaremos como vencidos de veinte a cincuenta mil de sus habitantes. No deseamos nada más. Pero insistimos en el pago, y lo tomaremos. Si se resisten, tomaremos más. En nuestra próxima visita, reclamaremos a John Hanby, el presidente de las Naciones Federadas; Axel Gruno, científico principal del mundo; Tsin Lo Hoy, comandante en jefe del ejército internacional; y Gustav Norby del observatorio Mount Wilson. Estos hombres deben colocarse en la tarde del 27 de agosto de 2332, en la cima del monte Wilson. Si no están allí, tomaremos cien mil vidas en lugar de veinte».

Fthaggua, señor de Ktynga.

—¿Qué puede significar? —jadeó Hugh.

—¡Es una locura! ¡Es increíble! ¡Tú, Norby! ¿Por qué deberías ser elegido? ¡Es todo un engaño!

—Tranquilo, Hugh —respondió Norby a su asistente—. El peligro aparentemente ha terminado por el momento, y tenemos cinco años completos para hablar. No es un engaño.

—Por el amor de Dios, ¿qué es?

El hombre mayor parecía cansado y respondió gentilmente:

—Lo que temí y advertí al público. Estamos amenazados por los invasores del exterior. Esto puede marcar el fallecimiento de la humanidad.



—¡Imposible! ¡Lucharemos!

—¿Con qué?

Hugh guardó silencio.

Norby continuó:

—Ni siquiera podemos llegar al cometa. ¿Y cómo vamos a luchar contra una forma de vida totalmente extraña de la que hasta ahora no sabemos prácticamente nada?

—Si es que es vida.

—Lo es, y es una vida viciosa y aterradora.

—Debe ser un engaño. ¡Debe serlo! ¿Cómo pudieron las criaturas haber sabido inglés? ¿Qué tipo de cosas podrían ser? ¡Por qué no hay nada en la tierra que los justifique!

—Cierto, pero olvídalo. El mensaje que vimos apareció en español sobre España, en francés sobre Francia, en ruso sobre Rusia, y así sucesivamente. Cada país leyó el mensaje en su propio idioma. ¿Fue una broma? Fue una broma milagrosamente inteligente, si lo fuera. No olvides la visita anterior del cometa. Tenía una teoría que nadie aceptaría. Brevemente, Hugh, el cometa está controlado por una forma de vida con la que no estamos familiarizados. Son cosas eléctricas, energía pura que tiene inteligencia y razón.

»De alguna manera, se alimentan de la vida humana, de la energía humana. Mataron a miles en su primera visita. Aspiraron la vida de los hombres vivos. Vampiros —Vampiros de fuego—, eso es lo que son. Y también succionaron conocimiento, mente, alma y cerebro, para que pudieran estudiar y dominar la naturaleza de la Tierra antes de regresar por segunda vez.

»No me preguntes cómo lo hicieron. Solo puedo mirar los resultados y adivinar. De alguna manera se alimentan de nuestra fuerza vital, espíritu, energía, llámalo como quieras. Al hacerlo, también absorben todo el conocimiento de la víctima. De las decenas de miles de personas que ahora han asesinado, han obtenido nueva energía para sí mismos, y una gran sección transversal, si no prácticamente todo el conocimiento de la Tierra. El hombre está condenado. La Tierra se ha convertido en un planeta esclavo, propiedad de Vampiros de Fuego.

»Dios sabe hacia dónde se dirige el cometa ahora: hacia sus otros planetas esclavos, supongo, o para explorar nuevos mundos habitados para subyugar. Es fácil ver por qué eligieron a Hanby, Gruno y Hoy: son tres de las mentes principales de planeta. Información que los vampiros podrían haber absorbido de casi cualquiera de sus

víctimas. Pero también es fácil ver que no pueden buscar y encontrar víctimas específicas; de lo contrario, no habrían ordenado que estas tres personas fueran segregadas en un lugar aislado.

—¿Pero por qué tú, Norby? ¡No puedo entender eso!

—Creo que es porque me temen. Nadie creía en mis teorías y advertencias, Hugh, pero mucha gente las leyó. Los Vampiros de Fuego probablemente razonaron que si estaba varios saltos por delante del mundo al conocerlos, también podría encontrar algún medio para frustrarlos. Podrían haber esperado mientras nosotros cuatro, los futuros sacrificados, fuésemos reunidos y reclamarnos, pero deben haber tenido razones urgentes para partir, o de lo contrario están tan seguros de su poder que simplemente quieren nuestras vidas como precaución, y puede darse el lujo de esperar unos años.

—¿Qué se puede hacer? ¿Qué hay que hacer?

—No lo sé, Hugh, pero te voy a necesitar. Tenemos cinco años... un tiempo lo suficientemente corto.

El 27 de agosto de 2332, Norby volvió a pararse en el observatorio. Los años intermedios habían estado llenos de trabajos, planes y proyectos que parecían no llegar a ninguna parte. El pánico creado por el cometa ya se había desvanecido del mundo, y se habían adelantado innumerables explicaciones para explicar el fenómeno. La víspera de su regreso se acercaba, y la emoción aumentó a lo largo de todas las carreteras y ciudades del mundo una vez más, la emoción, la incertidumbre y el miedo.

Norby se asomó por la protección de una pesada cortina verde como si esperara a alguien. Parecía diez años mayor, y un peso sombrío caía sobre sus hombros. Su cabello estaba blanqueándose rápidamente. Las arrugas fruncieron el rostro y la frente. De repente, su semblante se iluminó levemente. Unos minutos más tarde, Hugh golpeó con cautela el almacén que ocultaba a Norby. El científico lo dejó entrar.

—¿Lo llevaste a cabo con éxito? —preguntó ansioso.

—Sí. He corrido la voz de que habías caído al río mientras salías conmigo, que no habías podido subir, que no podía contactarte debido a las empinadas orillas, y que todos los puntos debían ser rastrillados para dar con tu cadáver. La policía me detuvo varias horas para interrogarme, lo que me retrasó, pero finalmente me liberó por mi propio reconocimiento.

—¡Buen trabajo! ¿Estás seguro de que mi muerte está firmemente implantada en la mente de todos?

—Sí. La noticia incluso fue transmitida por los medios de comunicación.

—¿Algún otro dato?

—Hanby, Hoy y Gruno están en camino. Estarán en el lugar designado al mediodía, sin ti, y firmemente convencidos de tu muerte.

—Si hubiera algo que ganar, Hugh, estaría allí con ellos, pero no lo hay. En cinco años, el mundo no ha sido capaz de lograr una cosa definitiva para repeler a los Vampiros de Fuego. Si las muertes de esos tres hombres salvarán una pérdida innecesaria de vidas, su martirio no se desperdiciará. Toda la raza está en peligro, Hugh, y nadie puede pensar en sí mismo primero. Pero tengo esperanzas. Es un riesgo el que estoy tomando, y si pierdo, la sangre de miles manchará mis manos, pero si gano, el peligro habrá terminado. Y tu ayuda es esencial.

—Sabes que puedes contar conmigo —Hugh caminó hacia la única ventana de su escondite y echó hacia atrás un borde de la cortina para mirar hacia afuera. Al hacerlo, se enroscó con un chasquido.

—¡Rápido! —Norby gritó—: ¡Baja la cortina antes de que alguien nos vea!

Demasiado tarde. Hugh tiró de la cortina, pero un miembro del personal que pasaba por el exterior levantó la vista. Norby se lanzó a un rincón oscuro con la esperanza de que no lo hubieran visto. ¡Vana esperanza! Una sonrisa de reconocimiento iluminó el rostro del hombre de afuera, una sonrisa que se convirtió en una retorcida agonía cuando una red giratoria de fuego se lanzó en ondulaciones estridentes a su alrededor.

—¡Han venido otra vez! —jadeó Hugh.

—Y el daño ya está hecho —dijo Norby con un endurecimiento apretado de las líneas alrededor de su boca—. Pero no te culpes —agregó al ver la mirada abatida en la cara de Hugh—. Debería haber sabido mejor antes de confiar en esas cortinas anticuadas.

Cuán terriblemente acertado estaba, supo, a medida que avanzaba el día. Veinte mil vidas si Norby, Gruno, Hoy y Hanby fueran sacrificados; así lo había dicho el mensaje. Cien mil si no se obedecían las instrucciones. Al caer la noche, los cien mil e incontables más habían perecido solo en América. Toda la furia de los Vampiros de Fuego parecía concentrada en el país donde vivía una de sus víctimas. Y Norby sabía que los Vampiros de Fuego, al absorber la vida del hombre que lo reconoció, también habían absorbido su última impresión: las figuras de Hugh y él mismo en el almacén.

El destino lo había derrotado, pero aún no se rendiría, ni siquiera cuando, después del anochecer, vio otro mensaje en llamas en el cielo, un mensaje que anunciaba el próximo regreso de las criaturas el 17 de julio de 2339, y amenazaba con la extinción de toda la vida humana en el continente norteamericano a menos que Norby fuera

sacrificado. Se le pidió que fuera ese día al mismo lugar donde Gruno y sus compañeros habían encontrado la muerte.

Norby miró el mensaje con ojos fríos y asesinos. Con una calma mortal, llamó a Hugh, y se prepararon para una parte de su trabajo. Ajustaron el reflector gigante para seguir al cometa que ahora brillaba triunfante en el cenit. Lanzaron el tubo de fuerza de Pletzka que creó un vacío de 800 pulgadas a través de la capa de aire sobre el telescopio. Y cuando Norby finalmente miró el cometa, inmensamente magnificado, y mucho más cerca que incluso la luna, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Hugh! ¡Hay una vasta estructura de algún tipo en esa superficie candente!

Juntos lo miraron. La tenue luz del aura del cometa brillaba en su superficie casi fundida, y en ella se alzaba un gran espacio más oscuro, de arquitectura fantástica, de ensueño, irreal, con ángulos curvos y geometría alienígena de belleza siniestra. Pero de otros edificios no había señal, y no había rastro de los Vampiros de Fuego.

Después de un largo escrutinio, y después de que se tomaron cientos de fotografías, Norby comentó con aire desconcertado:

—Hay algo curioso en esto. No lo entiendo. ¡Si tan solo pudiera unir las cosas!

—¿Cuál es el problema? —preguntó Hugh.

—¿Por qué solo hay un edificio en el cometa? Es tan grande como una ciudad, por supuesto, y podría albergar a miles de Vampiros de Fuego, pero parece extraño. Nuevamente, ¿no es extraño que asalten la Tierra y no dejar a nadie detrás, ni siquiera un guardia?

—No es tan extraño —dijo Hugh—. Es posible que todavía haya una gran cantidad de cosas contenidas en la estructura donde, por supuesto, no podríamos verlas.

Norby sacudió la cabeza, dubitativo. En algún lugar de estos hechos se encontraba la debilidad de los Vampiros de Fuego, la debilidad que temían que descubriera. ¿Pero dónde? Y para el caso, ¿cómo podría saber, entre las innumerables fotografías de los Vampiros de Fuego que se habían tomado en varias partes del mundo, cuál era Fthagga, señor de Ktynga?

—¡Lo tengo! —de repente le gritó a Hugh—: ¡Eureka!

Hugh parecía como si pensara que su superior se había vuelto loco bajo la tensión.

—¿Encontraste qué? —preguntó.

—¡La debilidad! ¡Todos los Vampiros de Fuego son rojizos, excepto Fthaggua, el azul que nosotros mismos vimos!

—¿Y bien?

Pero más que eso, Norby se negó a divulgar.

Debo dejar a otros la historia del colapso social y económico que desorganizó al mundo entre 2332 y 2339. Es seguro decir que la civilización se hundió a mitad de camino hacia el lodo del que había surgido tan dolorosamente. La mayoría de la gente llegó a considerar la próxima llegada del cometa como el día del juicio final. Una sensación de fatalismo combinada con un deseo de extraer todo el placer posible de los años restantes creó un caos prevaleciente en el que la anarquía, el desorden, el crimen y el vicio de todo tipo eran universales. Los científicos, es cierto, trabajaron febrilmente en esfuerzos para idear nuevas armas de destrucción, para descomponer el átomo, para controlar las leyes de la mecánica estelar, para inventar transportes espaciales que, en última instancia, podrían llevar a la población a otro planeta. Pero el tiempo fue demasiado corto. A lo largo del período, se produjo un tremendo éxodo desde Estados Unidos, que resultó en una grave sobrepoblación de los países más cercanos y causó disturbios, luchas y guerras intermitentes casi continuas.

Norby tenía planes, planes secretos, en parte porque estaba apostando por una oportunidad, en parte porque el secreto era imperativo para su éxito, y en parte porque su vida estaba en peligro constantemente. Marcado como un cobarde y un traidor por no sacrificarse con Gruno, Hanby y Loy, acusado de ser directamente responsable de cien mil muertes, su trabajo se vio seriamente obstaculizado.

De alguna manera, con ese coraje indomable que el hombre logra en su desesperación más profunda, y a pesar del cabello blanco que ahora colgaba sobre su cara demacrada, continuó. Hubo rumores de operaciones alrededor del monte Wilson, pero toda la montaña ahora estaba prohibida por las autoridades. Hubo varias cargas de trenes que se abrieron camino hacia el observatorio: se estaban haciendo reparaciones que se necesitaban desde hacía mucho tiempo, era la palabra oficial.

Pero todos los eventos abarrotados de esos años sí deben dejarse para que otras manos los registren. Paso a ese fatídico día del 17 de julio de 2339.

—¿Estás seguro de que tienes todas las indicaciones correctas? —preguntó Norby ansioso, mientras él y Hugh se paraban en la cima del monte Wilson.

—Sí —y Hugh las repitió brevemente.

El hombre de pelo blanco asintió y fueron a sus estaciones.

En el antiguo pico del Monte Wilson ahora se encontraba un profundo cráter, como si una explosión volcánica hubiera volado su cima. La cuidadosa dinamita y el camuflaje paciente que fueron hechos por el hombre habían logrado crear una ilusión de erupción natural. Cerca del centro de este pozo estaba lo que parecía una gran roca plana, sobre la cual Norby se puso de pie.

Las paredes del cráter se alzaron casi quinientos pies y estaban alineadas en la parte superior con una serie de proyecciones y repisas irregulares. Hacia el más grande de estos, en la base, Hugh se abrió paso. Un observador se habría sorprendido de verlo aparentemente caminar a través de la roca sólida y desaparecer.

Desde la sombra y la protección de una caverna, Hugh miró a Norby, que estaba impasible en la roca. Detrás de él había un laberinto de maquinaria, que incluía enormes dinamos que zumbaban con un ritmo apagado. Frente a él había varios instrumentos, un electrointerferómetro para detectar la carga eléctrica de la atmósfera dentro de un radio de diez millas y un interruptor triple escalonado.

Las horas se arrastraron. Un sol caliente golpeó el cráter. La espera silenciosa forzó los nervios tensos de ambos hombres. Sintieron la carga de este último intento de derrotar a los Vampiros de Fuego. Un resbalón, y los sacrificios humanos, el cebo vivo que era Norby, se encontrarían con una muerte llameante. Un error y millones de seres humanos perecerían al despoblarse un continente entero.

Así que el día portentoso se prolongó, y el sol se movió por encima y ardió hacia el oeste, y las sombras se alejaron más lejos de las paredes occidentales del cráter y se alargaron sobre el suelo irregular. Se acercó el crepúsculo. Aún no había encontrado rastros de los Vampiros de Fuego. En los pensamientos de Hugh vino una esperanza.

¡Quizás no vendrían! Tal vez el cometa se había perdido en los confines del espacio, tal vez había sido derrotado por una raza superior en algún lugar de los vacíos cósmicos, tal vez incluso nunca había tenido la intención de regresar.

Cuando llegó la oscuridad, la esperanza de Hugh se hizo más fuerte. La tensión del día había sido excelente, se sentía muy cansado, y cada minuto que pasaba significaba una mayor posibilidad de seguridad. Volvió a mirar el espejo de mercurio que, debajo de toneladas de roca, todavía reflejaba los cielos. Y allí brilló el cometa, destellando a la vista, enorme y brillante, como si se hubiera materializado de la nada.

—¡Norby! ¡Ha llegado!

Miró el electrointerferómetro. Su puntero estaba saltando y balanceándose locamente. Luego levantó la vista y su corazón dio un vuelco. Una gran masa de relámpagos azulados flotaba ominosamente sobre el pozo, como si sospechara, pero hambriento. En la oscuridad, Hugh no pudo distinguir la reacción de Norby, y si sucedía lo peor, no

quería presenciar el destino de su colega.

La cosa siniestra se situó muy por encima de su víctima, se contrajo, y como la luz se precipitó hacia abajo para arrojar bobinas de fuego vivo alrededor de Norby. La mano de Hugh, que ya descansaba sobre el interruptor escalonado, se cerró con un movimiento convulsivo que provocó tres agudos clics de staccato.

Al primer clic, Norby se perdió de vista a través de una trampilla mientras las serpentinas de energía azulada se agitaban furiosamente donde su presa había desaparecido. Al segundo clic, una sólida hoja de fuego atravesó el borde superior del cráter, cerrándolo por completo con un techo de incandescencia.

El vampiro de fuego azulado de repente sintió peligro y saltó hacia arriba, demasiado tarde. Como un animal atrapado, se detuvo ante la llama sólida que lo encerró. Un sonido como un grito penetrante, un ruido como un silbido, emanó de él.

En el tercer clic, desde un centenar de puntos en esas repisas irregulares, se dispararon cien centelleantes rayos de electricidad: corrientes de diez millones de voltios que tronaban, chisporroteaban y crujían, atravesando todo el cráter con un infierno de poder creciente. En esa mirada loca y espantosa, ante el choque ensordecedor de rayos gigantes, Fthaggua, el vampiro de fuego azul, se retorció en un esfuerzo frenético por escapar. Solo por un instante fueron visibles sus golpes, solo hasta ese momento, cuando la electricidad rugiente crujió a través de él, y se produjo un destello titánico como un cortocircuito cósmico, y siguió una negrura de oscuridad.

Y en todo el mundo barrió un destello en los cielos y una llama en el suelo, se vio que cada vampiro de fuego se retorció en tormento y desaparecía en un estallido de incandescencia difusa.

Así, los Vampiros de Fuego desaparecieron para siempre, dejando atrás solo el cometa que ahora es un satélite de la Tierra, con un período de rotación regular, de modo que cada punto sobresale por encima del horizonte oriental y se arrastra a lo largo los cielos.

Ante mí, mientras escribo, se encuentra una comunicación de Norby, en respuesta a una solicitud mía. Parece más apropiado cerrar este registro con un extracto de esa misiva.

»Me preguntas cómo fueron derrotados los Vampiros de Fuego. Solo puedo decir que fue tanto por conjeturas, buena fortuna, como por conocimiento. Varios hechos que había reunido me impresionaron. ¿Por qué solo había un edificio en el cometa? ¿Por qué no dejaban una guardia permanente en su ausencia? ¿Por qué todos los Vampiros de Fuego eran rojos excepto uno, que era azul?

»Se me ocurrió una de esas conjeturas en la oscuridad. La respuesta es, me dije, que el vampiro azul es Fthaggua, señor de Ktynga. ¡Y solo hay un vampiro de fuego en absoluto! De alguna manera, este monstruoso creció como una unidad compuesta de individuos, un organismo desconectado que, sin embargo, podría morir si su miembro principal fuera asesinado. Ese miembro principal, razoné, debía ser Fthaggua. Todos los Vampiros de Fuego rojos eran extremidades, tentáculos, apéndices, pero capaces de comportarse como individuos separados dentro de un territorio limitado, aunque unidos por lazos invisibles.

»Si mis especulaciones fueran ciertas, entonces solo necesitaríamos destruir a Fthaggua, y las otras innumerables partes de este extraño organismo también perecerían necesariamente. Y dado que la cosa era energía pura, razoné que la energía pura podría provocar un cortocircuito o difundirla. Juntos, Hugh y yo resolvimos los detalles, ocultando ánodos y cátodos para llevar una carga enorme por todo el cráter. Los resultados que sabes.

»El peligro ya pasó. Sin embargo, no puedo evitar sentir cierto respeto por una entidad que casi cumplió su ambicioso plan, que casi logró fingir que había millones de Vampiros de Fuego cuando en realidad solo había uno: Fthaggua, señor de Ktynga.»